

## Alfredo Lujambio Rafols

*El contador Lujambio fue compañero del doctor Nava en una etapa relevante para el navismo, la reactivación del movimiento nacido en la década de 1950. Impulsor de los valores democráticos y férreo convencido de que la democracia no es posible sin la participación de los partidos.*

Salvador Nava Martínez fue indudablemente un forjador de la democracia; tal vez, si no el más, sí uno de los más destacados mexicanos del siglo pasado. Fue él quien logró realmente que el movimiento cívico que inició allá por los años cincuenta trascendiera con mucho al estado y llegara a tener repercusión nacional. Su éxito partió de un discurso político muy sencillo, muy accesible al pueblo de San Luis Potosí, en el que inculcaba fuertemente los valores democráticos, como la dignidad de la persona y los derechos de los ciudadanos.

Aun cuando yo no vivía en San Luis Potosí, por motivos profesionales de trabajo venía al estado continuamente, visitaba la ciudad desde los años cincuenta; además, por la documentación que existe, logré construirme una idea bastante cercana — creo yo— de los hechos que le dieron origen al movimiento navista.

Sus inicios se remontan al trabajo y al esfuerzo de confirmar en los hechos la autonomía universitaria por el hermano del doctor Salvador, Manuel, en la Rectoría de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

En aquel entonces Gonzalo N. Santos pretendía continuar su dominio imponiendo en la Universidad personajes cómodos para él, a lo cual se resistió el estudiantado, el profesorado y la Rectoría. Ahí empezó a gestarse un movimiento de resistencia a los dictados del régimen, que en aquel entonces era cerrado, con la hegemonía de un solo partido político; posteriormente, al fallecer el doctor Manuel, quien murió tempranamente, su hermano Salvador tomó el lugar que éste había tenido, y lo que originalmente había sido un movimiento de carácter restringido al ámbito universitario pasó a ser un movimiento social de carácter cívico-político, especialmente cuando la ciudadanía le pidió al doctor que aceptará la candidatura a la presidencia municipal de San Luis. Ahí es donde se dieron los primeros brotes de este movimiento cívico tan fuerte.

Tuve oportunidad de conocer personalmente al doctor Nava en 1982, cuando él estaba considerando la posibilidad de volver a participar nuevamente en la vida política local para postularse a la presidencia municipal de la capital potosina, para el periodo 1983-1985. En ese año, el doctor todavía estaba indeciso de participar, pero la misma presión de la gente lo hizo decidirse. Yo me encontraba entre las personas que estaban convocándolo a participar a fin de que aceptara la nominación.

Debo decir que mi decisión de apoyar al doctor Nava obedecía a dos causas: primero, porque yo había sido un militante activo del PAN en la ciudad de Guadalajara, con una intensa participación en la ciudad; fui candidato a la presidencia municipal y conocía el significado de competir en una elección contra el PRI, y el hecho de que participara en mi nueva ciudad contra el partido de Estado era una motivación adicional; segundo, porque cuando decidimos con mi familia venir

a radicar a San Luis, ya tenía conocimiento de la existencia y trayectoria del doctor, del esfuerzo y la lucha que había realizado contra el régimen; conocía la represión y violencia de que había sido objeto junto con otros potosinos, y su prestigio era nacional.

Entre el doctor Nava y yo había muchos amigos mutuos, y en una ocasión fui invitado a una cena a su casa, en la que un grupo importante de personas estaban promoviendo su participación en la campaña municipal, y ya para entonces había un interés cívico-político de mi parte para trabajar con el movimiento.

Así, después de cierto insistir para que el doctor aceptara la candidatura, se decidió e iniciamos la campaña. Él tenía un prestigio muy grande en la comunidad, no sólo como político, sino aun como médico, y se había ganado una imagen de persona muy sensible a las necesidades sociales, de tal manera que ya disfrutaba de una buena fama de hombre con fuertes intereses en la vida cívica y social de su estado, de su municipio, situación que facilitó nuestro trabajo para promoverlo como el mejor candidato que había para San Luis.

En esos años estaba ejerciendo como gobernador Carlos Jonguitud Barrios, de quien se sabía tenía la intensión muy clara, no manifiesta, pero muy evidente de perpetuarse en el control político del estado una vez que terminara su periodo; por tanto, había la preocupación en San Luis de detener ese intento de cacicazgo que pretendía establecerse.

Creo que, lo que orilló al doctor a encabezar ese movimiento fue el impulso de la gente, y bueno, él desde luego retomó el desafío, sobre todo por su responsabilidad como potosino,

como hombre altamente sensible al tema político. En ese contexto aceptó conducir el movimiento, en el cual se logró estructurar una alianza entre tres fuerzas políticas: el Frente Cívico Potosino, la organización del doctor, el Partido Acción Nacional y el Partido Demócrata Mexicano, que en aquel entonces todavía estaba vigente y con registro. Por consenso se integró una planilla para el ayuntamiento.

La campaña fue muy intensa, sobre todo porque el gobierno del estado hizo todo lo posible por impedir el triunfo de Nava, por dificultar que la gente decidiera libremente; sin embargo, les fue imposible detener a todo un pueblo que nuevamente se entregaba a su líder, y bueno, Nava fue por segunda ocasión presidente municipal de San Luis Potosí por la vía opositora.

Ya en el poder municipal, el gobierno que encabezó el doctor Nava fue muy bueno. Primero, porque el doctor tenía un fino sentido político; además de ser un hombre combativo en el mejor sentido de la palabra, entendía que el gobernar un municipio, como gobernar un estado o incluso una nación, sólo se puede hacer con el concurso, con la participación genuina de los ciudadanos. Segundo, porque siempre tenía respuestas para atender las necesidades y carencias de la población. Tuvo el acierto de gobernar con la participación de la ciudadanía a través de las juntas de vecinos que se fueron conformando en su administración de una manera estrictamente democrática, pues los habitantes elegían realmente a sus dirigentes en sus colonias.

A pesar de la enorme dificultad que había en la parte financiera en el ayuntamiento —yo tuve que enfrentar la responsabilidad de administrar los recursos en la Tesorería Municipal— se

lograron hacer bastantes obras gracias a la participación ciudadana. Eran obras por participación, es decir, con la mano de obra de los colonos, de los vecinos de las colonias humildes que no contaban con los más elementales servicios públicos, y con el apoyo del gobierno municipal que aportaba los materiales.

El doctor era un hombre muy educado que trataba por igual a los ciudadanos más modestos y a los más encumbrados. Como colaborador de él en esa administración del periodo 1982-1984 -- en mi caso como tesorero --, tuve una relación siempre muy amistosa, respetuosa, pero no necesariamente de completa armonía: tuvimos dos o tres discrepancias fuertes, normales en cualquier organización humana, resultado del interés por aportar lo mejor al proyecto común que era hacer una administración competente que respondiera a las expectativas de los ciudadanos.

Así, en lo particular me tocó sufrir las carencias económicas que se tuvieron durante los primeros cinco meses de esa administración, porque durante ese tiempo el Gobierno del Estado, que en ese entonces tenía como titular al profesor Carlos Jonguitud, no entregaba las participaciones al ayuntamiento, situación que era inconcebible, contraria a la ley. Con ello se pretendía estrangular económicamente al gobierno municipal: no teníamos ni para ponerle gasolina a los camiones recolectores de basura.

Fue un tiempo muy delicado, muy crítico, porque había una irritación social muy grande en la ciudad. De hecho, el extremo de nuestra situación fue cuando la Comisión Federal de Electricidad le cortó la energía al Palacio Municipal por falta de pago, y ante ese estado de cosas el doctor convocó a una gran manifestación en la Plaza de los Fundadores en protesta por el acoso de que éramos objeto.

Fue una manifestación pacífica, porque el doctor nunca predicó ningún tipo de violencia, pero sí muy enérgica en la que con cuarenta mil personas en la Plaza de los Fundadores se exigió al gobernador que hiciera la entrega de las participaciones que le correspondían al ayuntamiento. Ante esa situación, el gobernador cedió a nuestras peticiones, increíblemente, pero así eran los tiempos en aquel entonces. Hoy en día cuesta trabajo pensar que algún gobernador pueda hacer eso, aunque no dudo que todavía actúe así alguno que otro, pero en aquel entonces era un poco parte de los procedimientos, quizá del régimen.

Concluido el periodo del gobierno de Nava, el proceso de renovación de autoridades generó en las filas de la coalición que había llevado a Nava a la presidencia municipal ciertos disensos. La relación entre las tres organizaciones que habían apoyado al doctor en los comicios de 1982, el FCP, el PAN y el PDM, era tensa.

Había una relación rasposa entre los partidos y grupos, porque cada uno pretendía tomar la estafeta que dejaba el doctor Nava: ser el que encabezara ese gran movimiento cívico-político. Realmente no era fácil hacer coincidir a esas tres fuerzas políticas: el PDM con una posición de partido muy marcadamente de derecha, el Frente Cívico que era un gran grupo personas de todo tipo de ideologías y clases sociales —empresarios, ferrocarrileros, pensionados, estudiantes, amas de casa, empleados, profesionistas—, y el PAN, que en aquellos años me tocó presidir municipalmente. Construir el acuerdo no fue sencillo, pero lo logramos y sacamos adelante la candidatura de Guillermo Pizzuto Zamanillo.

La campaña de Pizzuto fue intensa, sin embargo su triunfo no fue reconocido, pues se incurrió en un terrible y muy cínico fraude electoral que costó algunas vidas, en el marco de las

protestas cívicas del primero de enero de 1986, cuando el presidente municipal tomó posesión. Fue un episodio muy lamentable para San Luis, porque se golpeó a manifestantes, hubo bastantes heridos, y tres o cuatro muertos, aunque nunca se reconoció en el estado más que uno solo. En esas circunstancias entró como alcalde Guillermo Medina de los Santos, como un gobernante espurio, porque quien había ganado había sido Pizzuto, quien finalmente asumió la presidencia municipal en la siguiente elección.

Durante estas primeras luchas políticas en las que participamos junto con Nava, en el periodo de 1982-1986, me quedó claro el sentido de la democracia que tenía el doctor. En varias ocasiones tuve la oportunidad de debatir con él, siempre en un terreno de absoluto respeto, porque él nunca creyó en los partidos políticos como mecanismo para el juego democrático y la participación política. Siempre se resistió a afiliarse a un partido, a pesar de que en lo personal y mucha otra gente del PAN lo invitamos a que se afiliara a nuestro instituto político; le mostrábamos los principios de doctrina, incluso llegué a tener un par de pláticas largas con él explicándole que los principios de nuestro partido coincidían plenamente con el movimiento navista; sin embargo, nunca lo pude convencer.

El doctor decía que los partidos en lugar de unir, dividían al pueblo; era esa su tesis, y nunca pudimos sacarlo de esa idea. Solía decir: “Es preferible trabajar fuera de los partidos hasta el momento en el que se logre tener elecciones confiables.” Era su punto de vista: insistía siempre que cuando hubiera elecciones confiables se podría pasar a la participación política con los partidos.

El objetivo de contar con elecciones más libres y democráticas comenzó a concretarse en San Luis Potosí entre 1991 y 1992,

cuando se aprobó en el Congreso del Estado la primera etapa del proceso de ciudadanización de los organismos electorales. Fue un avance muy grande, después de una lucha muy denodada, muy esforzada de mucha gente que participó junto con el doctor para presentarle al entonces presidente Salinas de Gortari, en una visita que hizo aquí al estado, el proyecto de iniciativa para ciudadanizar los organismos electorales de San Luis Potosí; fue sin duda la gran aportación de los ciudadanos potosinos a la democracia mexicana. Fue un paso gigantesco en la evolución política del país.

La primera vez que escuche hablar de ese tema fue por supuesto en San Luis Potosí. Tenía conocimiento de que algunos compañeros del movimiento trabajaban en la conformación o redacción del documento en el que se planeaba la necesidad de una reforma electoral, y quien la coordinaba —si no me falla la memoria— era Eduardo Martínez Benavente.

Entre los partidos que integraron la alianza política de 1991 hubo pleno interés por impulsar la ciudadanización de los órganos electorales. Todos en aquel entonces, el PDM, el PAN, avalaban totalmente el esfuerzo que encabezaba el Frente Cívico Potosino en ese sentido. Donde seguramente hubo oposición al proyecto, por como se desarrollaban los hechos —aunque es una suposición— fue en los círculos priistas; ahí seguramente se despertó gran inquietud y preocupación porque estaban a punto de perder el control de los procesos electorales, y con ello disminuían sus posibilidades de seguir en el poder.

Visto en perspectiva, creo que la ciudadanización de los organismos electorales fue todo un acierto, invaluable. Ese paso formaba parte de un añejo reclamo que estaba de alguna forma en la conciencia de muchos mexicanos de todo el país, no solamente



de San Luis Potosí. Era la aspiración de tener elecciones confiables, y por tanto de no padecer más los fraudes electorales, las amenazas latentes — que existían en todas las votaciones, ya fueran locales o federales — de que los comicios iban a ser necesariamente manipulados y los resultados preestablecidos por el propio régimen. Esa especie de maldición terrible era contra la que combatía el espíritu ciudadano.

Con la presentación del proyecto de ley en materia de ciudadanía de los organismos electorales finalmente se concretó una acción política positiva contra el fraude electoral, y así San Luis Potosí recogió una inquietud de toda la nación.

México había vivido muchas décadas con la hegemonía de un solo partido; era evidente que el país no iba por buen camino porque los problemas sociales permanecían y se agudizaban a través de los años. En este contexto, el reclamo ciudadano de limpiar los procesos electorales fue creciendo, se exigía un cambio, y las circunstancias hacían verdaderamente impostergable el proceso de democratización del país.

Ésta fue sin duda una de las grandes aportaciones del movimiento navista, y su autoría no debe ser escatimada en lo más mínimo, porque sin su presión política, sin la movilización social, nunca hubiera sido aprobada en las Cámaras, y por tanto, no la tendríamos.

Igualmente estoy convencido que otra de las grandes aportaciones del navismo a la vida política nacional fue la moralización de la vida política. Uso la palabra moralización en el mejor sentido del término, toda vez que la política debe de ser una actividad eminentemente basada en los valores éticos; de otra manera, se desvirtúa y deja de ser política.

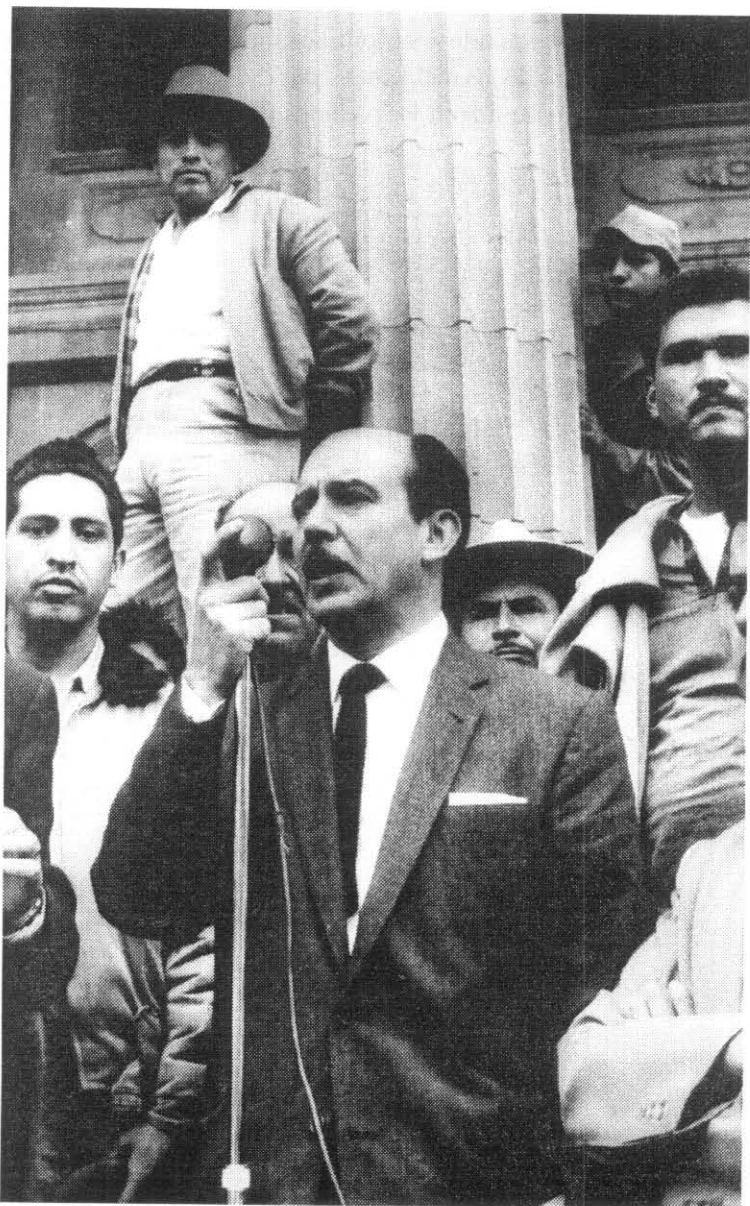
El doctor Nava, con su conducta, con su forma de vida, con su actuación, con su integridad personal, dio un testimonio de congruencia política. Hoy, a la luz de las circunstancias que se viven en el país, en donde la política ha pasado a ser un gran atractivo para los intereses y apetitos económicos de algunas personas que ven en ella una solución a sus problemas económicos, el navismo muestra que la política debe ser una genuina decisión de servicio a la comunidad. El doctor dio ese ejemplo de altruismo político como pocas veces se puede observar en una comunidad.

Creo que el navismo es un ejemplo contundente sobre cómo debe ser el ejercicio público. Creo que muchos mexicanos compartimos en este momento cierta preocupación porque no vemos claro que se haya establecido ya un camino despejado hacia la democracia efectiva. Estamos entrampados en una lucha de partidos políticos en la que parece que prevalecen los facciosos por encima de los intereses del país; estoy seguro que ésta es una preocupación que tenemos millones de mexicanos.

Creo que una de las formas más eficaces para ir quitándole a los partidos tanto poder como el que tienen actualmente —tal como se demostró con los cambios en el IFE— es darle más poder a los ciudadanos. ¿Cómo sería esto?, no encuentro otra forma que avanzar en la reelección, cuando menos para los cargos de legisladores y de ayuntamientos.

Hoy más que nunca necesitamos que los legisladores, los alcaldes, los regidores, sientan un compromiso más claro hacia los ciudadanos que hacia sus partidos; es evidente que hoy los funcionarios, con ambición de permanecer en el poder, se conducen más en función de complacer a su partido que a los ciudadanos. Los partidos políticos están controlados por una alta

burocracia que responde a sus propios intereses, más que a los intereses políticos de los mexicanos; por eso siento que urge dar pasos para restarle poder a los partidos y darle más poder a los ciudadanos.



Salvador Nava Martínez, 1961.



Salvador Nava Martínez, 1961.



Elecciones en San Luis Potosí, 1961.